**Un apasionado amor**

*P. Sergio García, msps*

Deseo ver por los ojos del P. Félix, para poder así “ver por los ojos de Jesús”. Lo fuerte de nuestra vida es el seguimiento de Jesús, lo fuerte, lo absoluto, lo definitivo. Pero desde la experiencia de un carisma en la vida consagrada ese seguimiento de Jesús tiene sus modelos, tiene sus compañías y alicientes.

Yo quiero seguir a Jesús, pero con y como el P. Félix lo hizo. Dios me lo dio como padre en mi vocación, pero, además, ha puesto como una especial sintonía o afinidad. No es que sea como él de generoso y santo; el P. Félix me cayó bien desde el principio y me siento orgulloso de que sea mi padre.

Y lo es de muchos, y a ellos quisiera compartirles algo de mi reflexión y experiencia con él. Deseo ver por los ojos de mi querido P. Félix, para así poder “ver por los ojos de Jesús”. Fue su consigna y fue su propuesta.

Me atrevo, pues, a señalar algunas líneas de su vida, de su espiritualidad, de su carisma, por si algunos pueden encontrar algo que les guste y quieren seguir a Jesús, en compañía, siempre apasionada, del P. Félix.

Lo primero que me llama la atención es que hay una avidez impresionante en él. El P. Félix lo quiso todo. Hombre de Dios y servidor de sus hermanos, quiso tener todas las devociones, recorrer todos los caminos, solucionar todos los problemas, vivir todas las vocaciones, llenar todos los vacíos, hacer sonar todas las melodías, responder a todos los interrogantes, amar a todos los hombres.

Amó al Padre Dios con ternura entrañable; siguió e imitó a Jesús con solidaridad de cruz; conoció y dio a conocer al "gran desconocido", al Espíritu Santo, "alma de su alma" y "vida de su vida"; recurrió y amó a la Virgen María con indecible confianza y gratitud; se dejó impactar por la figura silenciosa, recia y obediente de San José; experimentó la compañía misteriosa de su Ángel de la Guarda, providencia de Dios; vivió como amigo de Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, Alfonso María de Ligorio, Ignacio de Loyola. Nadie lo experimentó lejano, ausente, indiferente. "Todo para todos". "Todo para Dios".

Recorrió todos los caminos: joven de inquietud misionera, maestro dado a la investigación de la Sagrada Escritura, religioso observante, sacerdote solícito, buen pastor y administrador de las cosas de Dios. Identificado con su vocación de religioso, decían que era "el más marista de los maristas".

En un ámbito social de una guerra mundial, dos revoluciones sociales vividas de cerca, una persecución religiosa, una nación en agonía, tocó el dolor del hombre que necesita ser redimido desde dentro como persona, en su estructura social y en su dimensión universal.

Profundizó los caminos de la ascesis y se dejó llevar por los caminos de la experiencia íntima y mística de Dios, amado por encima de todo y a costa de todo, su "Dios, Dios, Dios"…, como decía: "Al Padre, con Jesús, por la fuerza del Espíritu Santo, en unión con María, en favor de la Iglesia amada, para la salvación de todos los hombres". Aquí está todo, aquí está su espiritualidad y su misión.

Puso en juego todas sus dotes de organizador: fundó colegios, atendió hospitales, organizó asociaciones en beneficio de los pobres, profundizó como maestro de la divina revelación, colaboró en la reforma de congregaciones religiosas, fue consultado por los obispos de su tiempo, tuvo intensa actividad epistolar, fundador de cuatro congregaciones religiosas como respuesta a las necesidades de su tiempo y a una especial intervención de Dios en su vida a través de Concepción Cabrera, inspiradora de las cinco Obras de la Cruz. Por lo menos diez congregaciones religiosas renacieron a su vera, descorriendo velos, discerniendo caminos, iluminando senderos, fortaleciendo voluntades, sosteniendo a los débiles, amando a los pobres, comunicando su experiencia propia de amor a Dios.

¡Vértigo y torbellino!, se dejó llevar por los caminos de la experiencia íntima y mística de Dios, amado por encima de todo y a costa de todo. Al leer sus escritos, sus cartas, se admira uno de la sencillez de su doctrina.

Me parece que, a diferencia de Conchita, no elaboró una experiencia mística propia; cita con frecuencia a los grandes místicos y santos de la Iglesia a quienes desea imitar, de todos lo mejor, y poner como ejemplo a sus hijos.

Lo que produce "vértigo" es la intensidad como vive esa experiencia, expresada en calificativos exagerados. Por ejemplo, escribe a la comunidad de Roma: "La norma supone que somos contemplativos, es decir: atentos amorosamente a Dios; si vivimos así, llenos de Dios, todos los actos de nuestro ministerio, todas nuestras meditaciones, conversaciones, etc., serán llenas de Dios… y, entonces, con toda seguridad, habréis entrado en el camino de la santidad... seréis santos, y llevaréis a Dios, como santos, miles y miles de almas" (ECC I, 99-100).

Palabra que se repite mucho: *que seamos santos, generosos, preocupados por llevar miles y miles de almas a Dios por los caminos de la perfección*. Pide que amemos "apasionadamente" a Dios, a María, a cada una de las personas que Dios, desde toda la eternidad, ha puesto en nuestro camino para que nosotros las llevemos a Dios. Habla de "amor apasionado, ardiente, entusiasta".

El P. Félix es sencillo en su doctrina, pero muy profundo en su vivencia. Dios tocó su corazón con un ansia insaciable del bien y la salvación para todos. No se conforma. A todos quiere, por todos se preocupa, a nadie excluye de su solicitud pastoral y esto de una manera personal. Atento amorosamente a Dios, pero, por eso, atento amorosamente a cada uno. Ninguno se sintió anónimo ante él, todos los que lo conocieron experimentaron su interés, su cuidado al detalle, como conocer a cada uno por su nombre, interesarse por la familia, cuidar la salud, llevar por la dirección espiritual un proyecto detallado.

De verdad que el P. Félix es un "torbellino de pasiones", valga la expresión, es un torrente de amor. Un día supo que Jesús había dicho a Conchita "mi Félix" y se propuso decir mil veces al día "mi Jesús", le salía a cada rato, una catarata de bondad. Y digo catarata porque había una fuerza de carácter que lo hizo capaz de emprender grandes cosas por la gloria de Dios, un "angustioso" anhelo de salvación, para decir con Pablo: la caridad de Cristo nos apremia.

"Dios, Dios, Dios”, “Jesús, Jesús, Jesús, Jesús". Se adivina todo el volcán de fuego que bullía en su interior. ¡Si supiéramos la profundidad a que llegó en su amor, comprenderíamos también la profundidad de su dolor! Porque el que ama, en esa medida, sufre.

"El lema o divisa de las cinco Obras de la Cruz, escribía, viene a ser como la quinta esencia de la doctrina del Evangelio: amor y dolor. Amor a Dios y a las almas; pero amor sacrificado, como fue el amor de nuestro Jesús, como fue el amor de los más fieles imitadores de Cristo, es decir, los santos”.

En el amor no se vive sin el dolor. “Esa doctrina sublime de la Cruz, del Evangelio, queremos recordarla a un mundo materializado y sensual; queremos renovarlo todo en Cristo, y Cristo todo fue amor y dolor, caridad y sacrificio…, queremos… vivir el Evangelio con toda su austeridad, pero dulcificada por un amor apasionado a nuestro Jesús" (ECC I, 56).

Sufrir, para el P. Félix, era un consuelo; consolar para él era una forma de amar; amar para él era vida, luz, gozo, y en ese abismo, en esa profundidad, sólo acertaba a decir: "Dios, Dios, Dios".